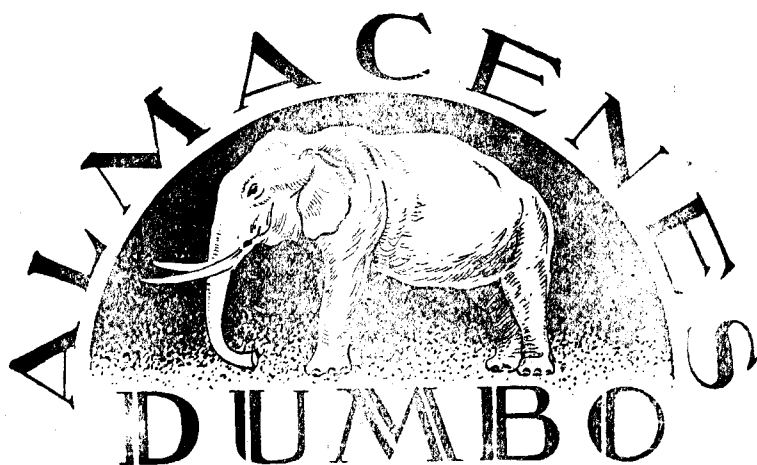


santa isabel
noviembre
1966

la guinea española



Año LXIII
n.º 1608



de
JOSE NAUFFAL
SANTA ISABEL
FERNANDO POO

Le ofrece un completo surtido de artículos
de Regalo para Señoras, Caballeros y niños.
Especialidad en objetos de Oro y Plata



Gran surtido en Sedería y Algodones,
Mantones de Manila, Quimonos,
Cubrecamas y Mantelerías bordadas
Ultimas novedades en Bolsos para Señoras.
Todos los artículos que Ud. requiera los
encontrará en

ALMACENES "DUMBO"



Economizará Ud. mucho visitando esta Casa
antes de realizar sus compras.

Calle Sacramento. N^{OS.} 2 y 4

SANTA ISABEL Y BATA

TRANSPORTES REUNIDOS, S. A.

TALLER DE REPARACION
TALLER DE RECAUCHUTADO
TALLER DE CARROCERIA

Explotación Líneas

SANTA ISABEL—SAN CARLOS
BATETE—MOKA—BASUALA
CONCEPCION

Factorías de

Repuestos — Accesorios — Cubiertas — Cámaras

RADIADORES — BATERIAS CARGADAS

HERRAMIENTAS - FARO

AUTOMOVILES — CAMIONES



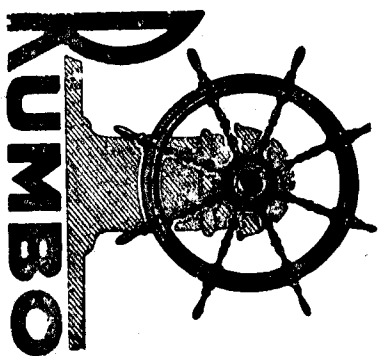
Transportes Reunidos

AVDA. GENERAL MOLA N.º 50
SANTA ISABEL FDO. POO.

de Fernando Poo, S. A.

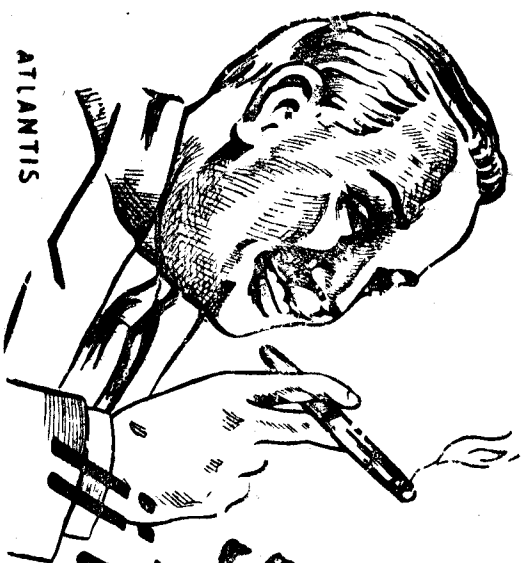
visítenos y encontrará las mejores calidades a los mejores precios

Los tabacos



Son...

!! Magníficos !!



ATLANTIS

la guinea española

REVISTA MENSUAL PUBLICADA
POR LOS MISIONEROS HIJOS DEL
DO. CORAZON DE MARIA

FUNDADA EN 1903

Núm. 1608

**Santa Isabel, Noviembre
de 1966**

Depósito Legal—F. P.. 10—1959.

Sumario

	Pág.
Una fecha memorable.....	257
Guinea Ecuatorial, por <i>Iñigo de Aranzadi</i>	263
Nzambi, por <i>José Menéndez</i>	273
Historia kombe, por <i>A. Rabal</i>	279
Plenilunio por <i>Juan Carlos Rodríguez de Aragón</i>	282
Llamada a la fiesta por <i>Mercedes Paris Amador</i>	284

PORTADA

Excmo. Sr. D. Bonifacio Ondó Edu
Presidente del Gobierno Autónomo
de Guinea Ecuatorial

SUSCRIPCION

Al año: Ordinaria	75	pesetas
De bienhechores	100	pesetas
Número suelto	10	pesetas



«Confiad, enseñad a creer, ayudad a levantar la Guinea, para que no venga ningún extraño a enseñarnos a ayudar a; nuestro hermano»



«Unidos todos en el futuro como lo estamos en la iglesia cuando los peninsulares y nativos rezamos al mismo Dios».

(Palabras del Presidente del Gobierno Autónomo de Guinea Ecuatorial en su mensaje del 18 de Noviembre)

UNA FECHA MEMORABLE

El 20 de noviembre de 1966 pasará a la Historia de Fernando Poo y Río Muni como una fecha memorable para la Guinea Ecuatorial. En ese día comenzó oficial y jurídicamente la vida de los Obispados de Santa Isabel y de Bata. Ha sido un regalo amoroso y una honrosa distinción de nuestro Santo Padre Pablo VI.

En octubre?..... de 1965, S. Santidad el Papa, después de estudiar detenida y minuciosamente los pros y los contras del asunto, desmenbró Río Muni del Vicariato Apostólico de Fernando Poo, constituyendo jurídicamente el Vicariato de Río Muni con capitalidad en Bata, teniendo por límites los mismos que la provincia política. Fué nombrado como primer Vicario Apostólico el Excmo. y Rvmo. P. RAFAEL MARIA NZE ABUI, el primer nativo de estos Territorios llegado a tan alta dignidad.

El Vicariato de Fernando Poo, escenario de tantas y tan gloriosas gestas misioneras, quedó reducido a las Islas de Fernando Poo y Annobón; pequeño en extensión, pero de grande vitalidad y dinamismo.

Pocos meses después, su Santidad Pablo VI, con un nuevo gesto de amistad y solicitud pastoral por sus hijos que integraban los dos Vicariatos Apostólicos hermanos de Fernando Poo y Río Muni, publicaba dos Letras Apostólicas a 4 de mayo de 1966, por las que elevaba al rango de Obispado a los Vicariatos Apostólicos de la Guinea Ecuatorial Española. Las frases del documento pontificio no pueden ser más laudatorias y reconfortantes: «El notable crecimiento experimentado por el Vicariato A. de Fernando Poo, merced a los esfuerzos y a las empresas llevadas a cabo tanto por los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, como por los Sacerdotes del clero nativo, en tal forma que la causa católica haya ido cobrando de día en día nueva vitalidad y aumento en esos lugares, ha sido la razón de que la Sagrada Congregación de la propagación de la Fe estimara llegado el momento de elevar dicho Vicariato al rango de Diócesis». Más adelante fija los límites y la situación jurídica del nuevo Obispado de Santa Isabel: «Elevamos el Vicariato Apostólicos de Fernando Poo a la categoría y dignidad de diócesis con el nombre de Santa Isabel, la cual, conservando firmes sus anteriores objetivos y sujeta a la Sagrada Congregación de la Propagación de la Fe, pasa a depender inmediatamente de la S. Sede».



Monseñor Bellotti, Delegado Apostólico; Excmo. P. Francisco Gómez, obispo de Santa Isabel y M. R. P. Nicolás Preboste, Pro - Vicario y Provincial de los Misioneros

La Sede Episcopal radicará en la Ciudad de Santa Isabel y la cátedra del magisterio episcopal, en el templo dedicado al Inmaculado Corazón de la Bienaventurada Virgen María, erigido en la misma Ciudad, el cual elevamos a la categoría de Catedral».

Similares frases se dicen en el documento de la erección del Obispado de Bata, fijando en la Catedral de aquella Ciudad, dedicada a Ntra. Sra. del Pilar, la sede y cátedra del nuevo Obispado.

Con la misma fecha Pablo VI firmaba en la Ciudad Eterna sendas letras apostólicas por las que nombraba a Monseñor Francisco Gómez Marijuán primer Obispo de Santa Isabel, y Monseñor Rafael María Nzé Abui primer Obispo de Bata. El primer párrafo de ambas letras apostólicas tiene el sonido amable y untuoso de la literatura oficial vaticana: «Siendo de todo punto necesario confiar a un Obispo el Gobierno de la Diócesis de hasta ahora Vicariato Apostólico de erigida hoy mismo por las letras apostólicas «Nonnulla incrementas, hemos pensado que no hallaríamos ninguno más digno que tú para ocupar dicho cargo; puesto que habiendo regido esos territorios en calidad de Vicario Apostólico con dilatado celo y de una manera tan loable, es muy de esperar que esos frutos por tí cosechados hasta ahora, los seguirás también reportando en lo sucesivo con sobrada abundancia».

En su tiempo la prensa y la radio difundieron en todo el ámbito nacional la consoladora noticia de la elevación a Obispos de los Vicariatos Apostólicos de Fernando Poo y Río Muni; pero todo quedó reducido a eso, a una noticia impresionista de los medios de Comunicación social y a algunas felicitaciones más o menos cortes y sinceras a los respectivos Vicarios A. elevados a la dignidad de Obispos residenciales.

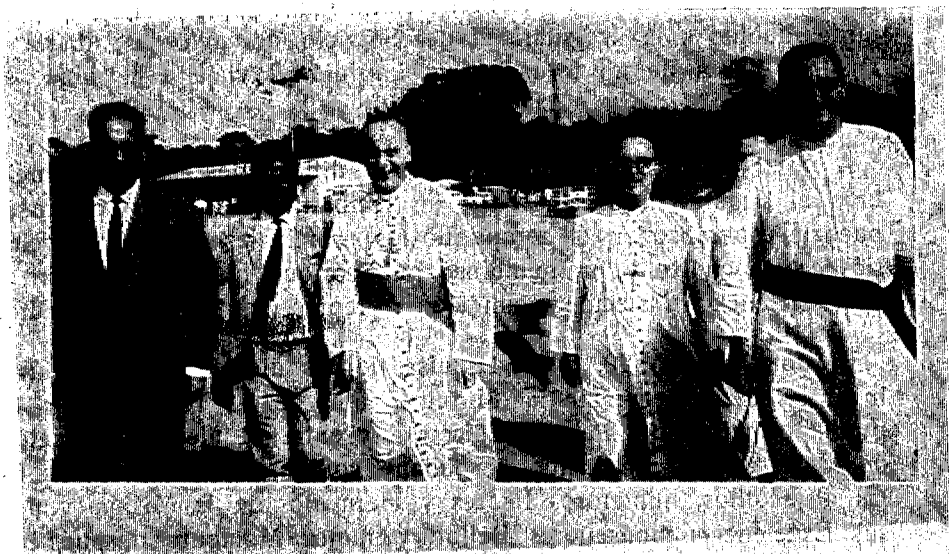
Pero la exactitud y eficacia proverbiales en el Gobierno del Vaticano, no habían de quedar desmentidas en esta ocasión, de suma importancia para la Historia eclesiástica de la Guinea Ecuatorial Española.

La Santa Sede designó a Monseñor Luis Bellotti, Arzobispo de Boncarí y Delegado Apostólico en el África Occidental de habla inglesa, para ejecutar o dar vida jurídica a los mencionados decretos del Santo Padre. Su Excelencia se puso en comunicación con el Excmo. P. Francisco Gómez para determinar la fecha más conveniente para ese acto, y se convino entre ambas partes, puestos de acuerdo con el Excmo. Sr. Obispo de Bata, que Monseñor Bellotti viniera el 18 de noviembre a Santa Isabel, vía Duala, para ejecutar las Bulas Pontificias en la capital de Fernando Poo el 19, fiesta de su Patrona Santa Isabel, y al día siguiente, domingo, hacer lo mismo en Bata. Pero una vez más el hombre propone y Dios dispone. La supresión de un avión entre Lagos y Duala impidió la llegada de Monseñor Bellotti en la fecha convenida, no pudiendo llegar a nuestra Ciudad hasta el mismo día 19, y muy avanzada la tarde, debido a la irregularidad del Servicio del avión de Iberia a Duala a causa de un tornado que impidió el viaje a la hora acostumbrada.

A pesar de todos esos imprevistos y dificultades su Excelencia tuvo al llegar a nuestra Ciudad un recibimiento lucido y caluroso, pues le esperaban en el aeropuerto las principales autoridades eclesiásticas y civiles y un numeroso público que quiso testimoniar a su Excelencia su afecto y adhesión al representante del santo Padre.

El domingo día 20, y en la misa de las diez de la mañana tuvo lugar la solemne ceremonia. Minutos antes de las 10, salió por la puerta principal del Palacio Episcopal y entre el alegre repiqueteo de las campanas, un lucido y solemne cortejo, formado por dos filas de acólitos, numerosos Padres y Hermanos de la Misión y por sus Excelencias, monseñores Bellotti y Gómez. Momentos después comenzaba pausada y devotamente la santa Misa oficiada por S. E. el Sr. Delegado A., en perfecto castellano. Después del Evangelio

S.E. predicó la homilía en un castellano nítido y perfecto, y con un sabroso deje «americano» que indicaba claramente que lo había aprendido en sus años de vida diplomática en Buenos Aires, Paraguay y México. Al terminar la misa el Sr. Delegado A. ocupó su trono colocado en el Presbiterio frente al del Sr. Obispo de la Diócesis y acto seguido el Vicario General procedió a leer las bulas por este orden: 1)—Bula de erección del Obispo de Santa Isabel. 2) Decreto extendido y firmado por el ejecutor de las Bulas, Monseñor Bellotti. 3)-Bula de nombramiento de Monseñor Francisco Gómez Marijuan como primer Obispo de Santa Isabel. A la lectura de esta última Bula precedió el juramento de fidelidad a la Santa Sede hecho por el nuevo Obispo de Sta. Isabel en manos del Delegado Apostólico. A continuación el Vicario General, los Consultores del Obispado, los Sacerdotes y Hermanos Misioneros presentes al acto, el Seminario Conciliar, las Comunidades de Hermanos de la Salle, Madres Concepcionistas, Oblatas de Maria Imaculada, Institución Teresianas, Excmos. Srs. Comisarios Adjunto, Presidente del Consejo de Gobierno y varios Consejeros del Gobierno Autónomo, el Ilmo. Sr. Alcalde Accidental de la Ciudad de Santa Isabel, representantes de las Asociaciones Católicas de la Ciudad, y algún voluntario salido del pueblo fiel, pasaron ante S.E. Monseñor Gómez para testimoniarle su obediencia y fidelidad besando por primera vez su pastoral anillo de Obispo de Santa Isabel, Acto tan señalado bien merecía una acción de gracias al Todopode-



Las autoridades de Santa Isabel reciben a Monseñor Bellotti



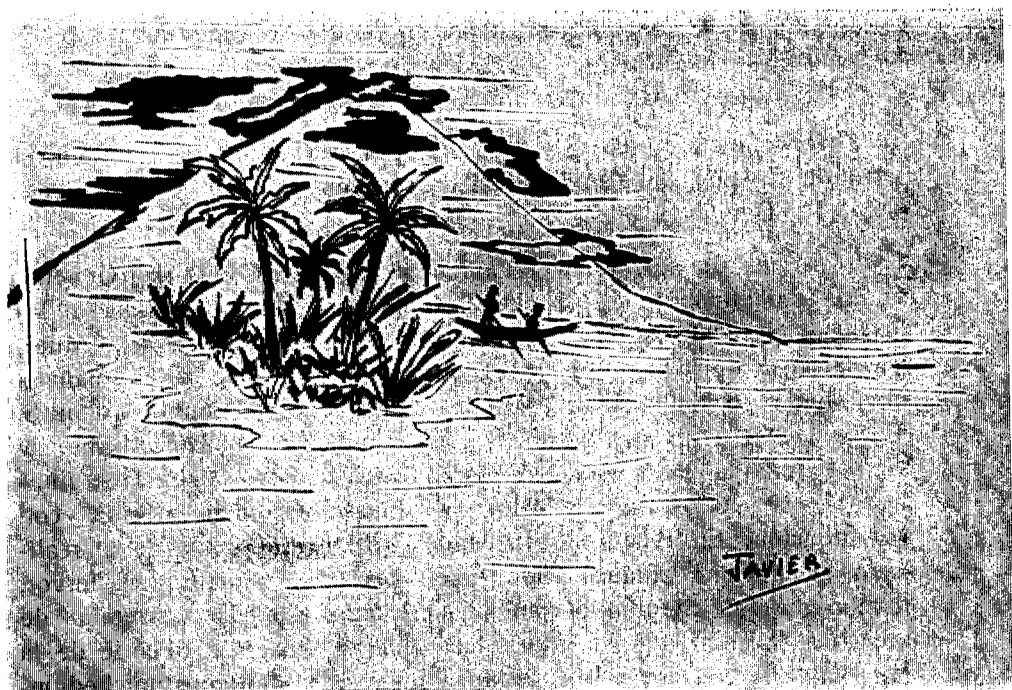
Sede de la Diócesis de
Santa Isabel

roso dador de todo bien, y para cumplir ese deber de gratitud el coro de Colegio de Santa Teresita cantó un solemne y bien ejecutado Te Deum.

El mismo día 20, y en la avioneta de la Comisaría General, cedida galantemente por S. E. el Comisario, marchó a Bata a las 15'30 el Sr. Delegado A. para realizar en la Capital de Rio Muni, en la misa de las 18 horas, el mismo acto que por la mañana tuvo lugar en Santa Isabel. Desde el pequeño y cómodo avión S. E. pudo ver en vista panorámica las Ciudades de Santa Isabel y Bata y toda la costa desde Victoria a ésta Ciudad, debio a la fineza del piloto Comandante Adín que quiso obsequiar a S. E. con esa atención. En Bata todo fué una reproducción exacta de lo realizado en nuestra Ciudad. Todo igual, pero con mucho mas fervor, mucho más multitudinario, mucho más entusiasta. La carretera de acceso a la Misión y la gran plaza que se extiende delante de la Catedral, estaban ocupadas por una inmensa y delirante muchedumbre de hombres mujeres y niños que con sus gestos, gritos, vivas, banderitas, ovaciones etd. manifestaban su entusiasmo y fervor reli-

gioso. Al llegar SS.EE. Monseñores Bellotti y Nzé, a pié, al arranque de la carretera de acceso a la Catedral, aquel mar humano, moviéndose como olas encrespadas, incontenible, bramaba de entusiasmo e invadía la playa de la calzada queriendo saludar y aún tocar al Delegado del Papa. Los policías, catequistas y otras personas mayores apostados estratégicamente para impedir el desbordamiento de la multitud, fueron incapaces de mantenerla en sus sitios y fueron desbordados en todos los frentes. A los pocos segundos todo era una inmensa multitud que apretujaba a SS. EE, y que impedía su acceso al templo catedralicio. Esto ocurría sobre las 17:30 y hay que tener en cuenta que la casi totalidad de aquella inmensa turba de creyentes llevaban en sus puestos desde los 11 de la mañana. Qué testimonio dieron en aquella gloriosa jornada los cristianos de Bata de fe y fervor religioso.

Santa Isabel, 12 de diciembre de 1966.



GUINEA ECUATORIAL

Por Iñigo DE ARANZADI

A los viejos coloniales, que tanto país han hecho.

II.—FERNANDO POO

Un tal Fernão do Poo, caballero portugués, descubrió, hacia 1470, junto con Lópe Gonzálves, una isla que llamó Formosa porque así lo merecía. No se salió con la suya porque la isla perdió el nombre y quedó para los siglos el de su descubridor. Gonzálves, sin embargo, perpetuó el suyo en el famoso Cabo López al sur del río Gabón.

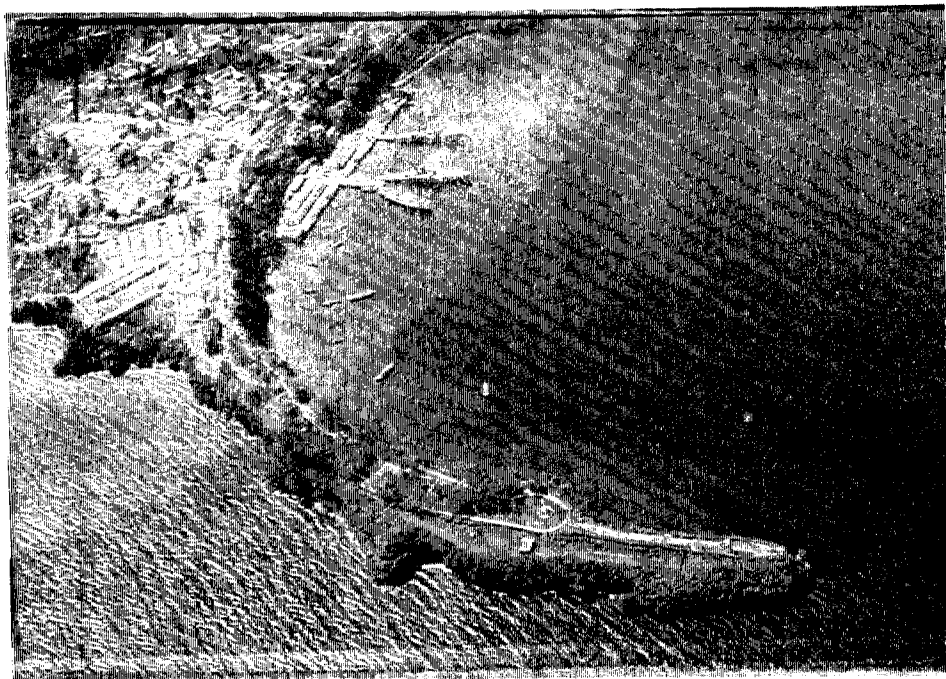
La isla del Fernando Póo en el golfo de Guinea, tenía muchos novios y aún ahora, compuesta y bien enmaridada, no falta quien la mire de reojo. Es una isla que, más que Formosa es preciosa o, aún mejor de maravilla.

Desde la visita del caballero Poo, hasta poseerla España en 1778, le hicieron carantofías gentes de distintos países, negreros unos, comerciantes otros, marinos los más.

La isla era un volcán y el volcán tenía un cráter mayor, el cráter una sima, la sima un doble abismo y el abismo un bosque con diablos trepadores, secreto de encantamiento y de-

seo, en los viajeros, de una exploración con bienandaza.

Unos dicen que algunos padres claretianos, de los que tomaron contacto heroico y primero con los pueblos y las cosas, bajaron el precipicio en el año que inició el siglo, cuando la isla llevaba ya su XVII gobernador, José de Ibarra, muerto, por cierto, cuando volvía a España, y sepultado en Monrovia; otros dicen que la sima estuvo virgen hasta la reciente expedición de Jiménez Marhuenda y otros mozos que, mal preparados, hicieron una proeza dispersa a los cuatro vientos y a la prensa internacional. Sea como sea, la caldera de San Carlos, impresionante, profunda y desconocida, fué pensada por bastantes y nadie daba con el paso, aunque corrían sin certidumbre rumores de que cazadores nativos sabían el camino. Algunos lo intentamos en solitario y la entrada a la caldera era un enigma y el bajar a profundo una escalada. Los Marhuenda, Higinio y demás, tienen la empresa de en-



Vista aérea de Punta Fernanda

contrar acceso y de hincar en lo más hondo por primera vez la bandera de España, y Dios con todos,

Los montes de la caldera fueron avistados por Argelejo, conde de un condado benificado por la Corona a la ciudad de Sevilla y brigadier por sus méritos. La caldera se llama de San Carlos, y esto fué así porque por voluntad de don Felipe de Santos Toro y Freyre, conde de Argelejo, tarraconense y de valor conocido, nombró San Carlos a la primera tierra que pisó en la isla al tomarla en posesión, como comisario regio, para honra del rey Carlos; y San Carlos fué confín del territorio en el que cabían la caldera, las playas tortugueras y todo el sur monzónico.

Mucho ha llovido desde que Ar-

gelejo, hiciera la machada, luchara con las fiebres y dispusiera que su cadáver fuera arrojado al agua en la mar del ecuador, lo que sucedió el 14 de noviembre de 1778 desde la fragata «Santa Catalina», veinte días después de recibir para su soberano la isla fernandina.

Mucho ha jarreado y más en el sur de la isla en donde, dicen los meteorólogos y magos de los vientos, está el lugar segundo de más lluvias en el planeta,

No sé qué encontraron los expedicionarios de la caldera a principios del sesenta y tres, pero sí es notorio que en la falda inclinada hacia la mar se ven mandriles por el bosque, y tanto desconocen al hombre que se quedan quietos aunque sor-

prendidos. La caza es mucha y la soledad la guarda.

En la caldera nace el gran río Ole, el mayar de la isla, bautizado Tudela con sus mismas aguas por un gobernador, el noveno, en la segunda mitad del siglo último, por aquello de perpetuar el apellido ya que Ignacio García Tudela se llamaba el susodicho, teniente de navío a la sazón.

El río Ole es torrentero; ancho en el desembocar y en la época de lluvias no hay quien lo atraviese. Hace seis años detuvo a los hermanos Navarro, náufragos de un bote que perdió rumbo y encalló en una playa del sur. Los encontraron desde el aire y los rescantaron a duras penas desde un cañonero, rompiendo el mar las balas de caucho contra rocas. Se alimentaron de monos y, si dejaban algo para el día siguiente, daban con ello por la noche los cangrejos anchos y moradores en cuevas que no inunda el mar.

El río Tudela baja entre piedras por una pendiente tremenda y yo sé quién lo ha vadeado con agua a las rodillas para, a la media hora, no poder repasarlo y quedarse a dormir bajo la lluvia, el sueño y la fatiga sobre la orilla, esperando que la turbonada cediera y se amansara el cauce.

El río Tudela lo conoció bien Avendaño, hidalgo montañés de la torre de su nombre y descendiente de un Martín Ruiz de Avendaño que, en 1377, explorara Lanzarote cuarenta años después de descubrirlo el genovés Lanzarotto Malocello. Avendaño continuó la finca de cacao que

el legendario Romera, marino y desbrozador, plantara en Bococo a final del siglo. Bococo Avendaño y Bococo Drumen, dan cacao a pala colmada, a tres leguas de San Carlos. En Bococo vararon dieciseis cachalotes en en la bajamar de la playa y Avendaño decía que hubo pez para meses y nadie se molestó en extraer el ámbar. Vinieron de toda la isla a la pesca en seco y los jirones a machetazos se sucedieron relevándose; lo ahumaron en las casas y nadie quiso salir en un tiempo a la mar que, por una vez dejaba la pitanza a la puerta de casa.

Bococo, hasta hace nada, era límite del plantío hacia el sur y sólo una finca sobrepasaba. Bococo García, de una gente hospitalaria y laboriosa que tenía y tiene un mangostán adulto para orgullo, con frutos deliciosos que dan semilla de poblar y unos perros guardadores en la casa sobre un acantilado sobrecogedor.

Los habitantes de los tres Bococos se reunían los domingos en Bococo Avendaño, y Angulo de la Torre era el anfitrión que hacía servir la ginebra y el hielo en el conversar que se alargaba cuando alguien se refería al cacao; y, entonces, que si el de Los Chinos —en el lugar que Romera desboscara con coolies— iba flojo o que si el de la parcela San Jose, la más alta, abundaba de cojines florales —así decían— o que si en la Ferrolana —en memoria de una corbeta, tal nombrada, que debió mandar Romera y que, en mitad de siglo, vino a la isla con el segundo gobernador, Gándara— el abonado de potasa había adelantado la fructificación y las maracas

de cacao se apiñaban en los troncos, y que si los chocolateros peninsulares querían ya el grano más fermentado, y que no había duda de que el cacao de Fernando Poo tenía fama de ser el mejor del mundo. Y cuando del cacao se pasaba a tema de camiones, no había confertulio que no diera baza, contara su anécdota, su avería o su accidente, repetidos cada media docena de domingos como mucho. Cuando a la peña se asomaba un misionero o topógrafo, o técnico de la geografía, o viajero en tránsito a las playas del sur, se toleraba, en atención al huésped, repetir los temas de la tertulia dominical última si no había otros a mano.

Las playas de Bococo son de arena oscura, como las de casi toda la isla; hacia el río Etepo se acantilan para volverse a acantilar después del río de

los Tres Reyes y fundar cascadas saltando de una vez, allanarse a mar y volverse a escapar. (Recuerdo una cueva bañada por el océano, entre un salto y una cala —Cala Preciosa— en medio de una punta, que tenía un eco extraño, una luz muy vieja y un esqueleto de ave marina flotando). El río Etepo, al que llegan ya cacaotales, recibe el Iturgoyen por la ribera izquierda cerca de la playa, y en la seca se vadea sobre rocas, con aguas desencadenadas arrastra árboles enteros, de espesor de una vara en el tronco, golpeando el álveo.

Pero en las playas fernandinas, desde el Tudela, son las más oceánicas, vacías y doradas; a fin de año, algunos pescadores se llegan a San Carlos a la campaña de la tortuga. Hacen campamento, cercados por las presas vivas, y esperan a que en la noche



Vista aérea del bloque de las nuevas viviendas de Santa Isabel

vegan las tortugas al lugar de su nacimiento para dejar la puesta y volver a la mar antes de amanecer. Los pescadores no les dan tiempo al regreso y las van volteando una a una, dejándolas indefensas sin posible escapada, balanceando en el suelo doscientos kilos sobre el lomo de su caparazón. Cuando terminan la faena las encierran en un corto valladar a la sombra hasta la terminación de la temporada. Es inexplicable cabalgarlas y sentirse llevado hacia la mar sobre la congoja y el esfuerzo de un animal que ha vuelto por prodigioso instinto al lugar del que salieran todas sus generaciones y quiere cumplir el ciclo año tras año, a la vuelta de una ruta de miles de millas porque, tal vez, la huevada anterior se la llevaron las águilas o los monos, o los bubis de Ureca.

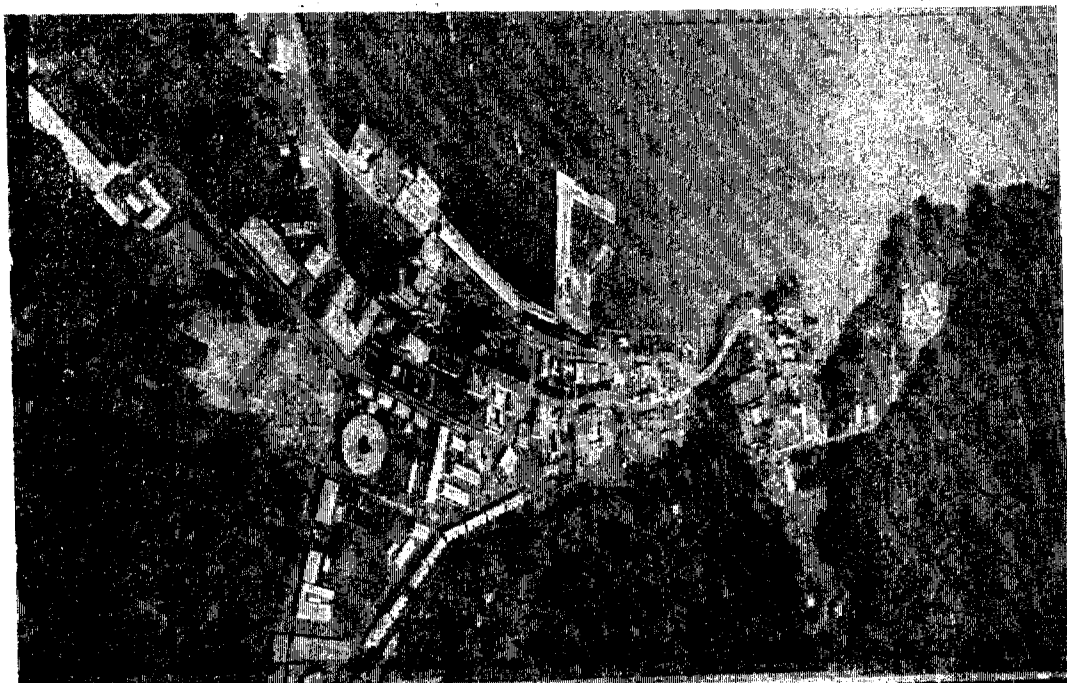
Cerca de Ureca hubo un día un banco de colorados y peces grandes acollarados por cientos de aletas de tiburones, soy testigo, haciéndolos saltar en la huida y esperando su caída para destrozarlos. En Fernando Poo se han visto cosas extrañas. Un tiburón marrajo mordió a Pallarés, en Punta Achada, y lo dejó entero. Nadie sabe por qué no cerró bocado, pero soltó su cuerpo y, aunque muy herido, lo dejó entero pero no intacto, pues le tuvieron que coser con ciento y más puntos.

Ureca es el poblado más lejano. Sus gentes se dedican a pescar y —desde la Reducción del año once— hacen fincas de cacao. Son pocos los que andan estas playas y menos los que, desde Ureca a San Carlos, no siguen la senda de Moca.

Había un valle, a mil doscientos metros de altura sobre el mar, que lo regía un mandamás llamado Moca. Era rey definitivo y bien asentado y dominaba un territorio de bubis de la Itschulla, la isla; un territorio verde; sin bosque, propicio al buen pasto y a la huerta, que lo llamaban Riabba. Era un valle fértil, y más arriba mandaba otro jefe al que decían Mioco.

Moca y Mioco han dejado sus nombres a los pueblos desde los que reinaron y hoy son puntos de veraneo (de noviembre a enero) cuando es bueno huir de la calorina de Santa Isabel capital de la isla. Moca es un valle precioso, centro de excursión al lago, o a la cascada de Iladye, cuya cola de caballo tiene más de cien metros de altura. Mioco, a mil quinientos metros sobre el mar, es, en el verano de la isla, delicioso. Después, cuando llueve, no hay quien pare de frío, y la humedad es tanta que los árboles se adornan de largas barbas de líquines y parecen fantasmas en medio de las nieblas continuadas. Como en Moca no hay tsé-tsé, los caballos y las vacas se crían bien y viven a gusto.

Moca, el rey, no quería que nadie se metiera en sus asuntos, y los misioneros lo ganaron con su tacto y su voluntad. Fué en 1886 cuando los padres Juanola y Aguirre y el geógrafo Sorela entablaron contacto con el monarca bubi. Este Moca dejó como sucesor a un tal Malabo. Pero, por lo que cuentan, Sas Ebuera se apoderó del reinado y no lo dejó hasta su muerte, en 1904, cinco años después de la de Moca. Entonces sí fue Malabo el que subió al poder y ha sido el último rey



Vista aérea de San Carlos

de los bubis. El valle de Moca es el mejor lugar de descanso en los meses finales del año. Sin mosquitos de paludismo, sin moscas de sueño, o de filaria, con una temperatura agradabilísima y con noches frías, es la vacación ilusionada de los habitantes del trópico.

Moca tiene, desde hace años, carretera asfaltada a Santa Isabel y treinta kilómetros hasta el mar de Boloco, a tres tiros de honda de San Carlos; y en la bajada, ya en el albergue de Musola, real y de San Jorge, que está más en Oloita que en Musola, empiezan las fincas después de los porteros; y hasta abacá, tabaco y café arábigo cultivan Labarta y Díaz de la Guerra para una empresa que llegó de Filipinas y abrió miles de hectáreas.

Oloita es cumbre de vertientes y hasta Biapa, por naciente, llega la explotación de palmera de aceite; por la mar de Biapa la bahía se llamó Concepción en la expedición de Primo de Rivera en 1779, porque así la nombró Carboner, comandante de la zumaca Nuestra Señora de la Concepción, que arribó a la bahía a mediados de septiembre, y por la Purísima de aquel año establecieron el primer campamento en Punta Cañones, inmediatamente al norte, izaron bandera, desbrozaron, chapearon, levantaron tiendas y mandaron pedir de Madrid una imagen de la Inmaculada.

Concepción es una playa cangrejera y le llega el río Ruma, que baja entre barrancos y saltaduras que han hecho pasar apuros a más de uno, y si

no, preguntar es bueno a Sánchez Monge y Ramón Izquierdo que, haciendo topografía, se quedaron colgados al borde de un despeñadero sobre un remolino turbulento allá abajo hasta que los porta-miras bubis les sacaron de aprieto.

Por el río Ruma, aguas arriba, hay un Balachá habitado de bubis cultivadores de fincas cacahueras y en sus antiguas cuevas de Morimó, divinidad diabólica, encontró ollas valiosas el doctor Ligeró. (La arqueología de la isla la estudian, mano a mano, el padre Amador Martín y Armando Ligeró, que saben más que nadie y han descubierto una prehistoria riquísima y prebubi en playa Carboneras, que es sitio en donde hiciera sus primeros trabajos Carlos G. Echegaray, el más importante erudito de los bujeba.) Monte arriba de Balachá, descubrió el padre Juanola, en 1895, el Lago de Loreto; es dato curioso que escribió una carta al explorador Bonelly Herando en la que aseguraba que sus acompañantes vieron hipopótamos.

Desde Oloita a San Carlos el río Musola recoge sus aguas en una cascada y unas turbinas las aprovechan. Musola, hasta que se formó el poblado, tenía casas de madera distribuidas por las fincas. Ahora Musola es un pueblo más bien grande, agricultor y cooperativista; tiene, a dos kilómetros un campo experimental — en donde Nosti hizo experiencias trascendentales —, que fué misión y sanatorio en 1896 que, al trasladarse, dejó para recuerdo una casa bonita y tropical, de paredes metálicas, suelo de madera, tres tejados superpuestos y aire de

palacio ecuatorial, que las ardillas y gálagos la pasean y los murciélagos la invaden; cerca de ella hay árboles del pan, macopas de frutos resinosos, una presa en la cascada del Etoo, plantas de ricino, piñales y una granja ovejera y avícola.

Musola está tan cerca de San Carlos que los vecinos del pueblo y los finqueros se van con frecuencia al cine, a compras, a contratar braceros, a consulta al hospital o a pasar la tarde en el club náutico.

Es bonito San Carlos. Es bonito y sus playas están plantadas de cocoteros que se interrumpen en el espigón del puerto para seguir hasta la finca Pol. Las embarcaciones con motor surcan la bahía, y el pueblo, la ciudad, se alza hasta un centenar de metros sobre las aguas en el extremo de la propiedad de Jones. Maximiliano Jones fué un fernandino, natural de Sierra Leona, que compró fincas de cacao a los bubis y llegó a poseer una notable extensión de terreno cultivado; construyó la central térmica para Santa Isabel e hizo muchas cosas por San Carlos. El rey le concedió la orden de Isabel la católica y San Carlos, su nombre a una avenida y un monumento sobre el cual, y sus herederos recibieron una manda considerable. Todavía queda la primitiva casa del fundador conservada a fuerza de crisptogilos que espanta el comején. La casa grande y nueva la habitan dos malacólogos — padre e hijo de Ortiz de Zárate — que buscaban caracoles para la anatomía y la clasificación y dicen que ponen mingo en el mundo de esa ciencia y sus libros dan testimonio de una fauna fernandina

desconocida hasta ahora. Hay otra casa en la hacienda, al frente en la pequeña plaza, en la que Ortega Monforte, famoso pintor de frescos y autor del retablo del Cristo de la Victoria de Madrid, trabajó unos bales, hizo retratos y se negó a pintar una réplica del rey Uganda de Corisco, quien posó para él en la isla Mandyi.

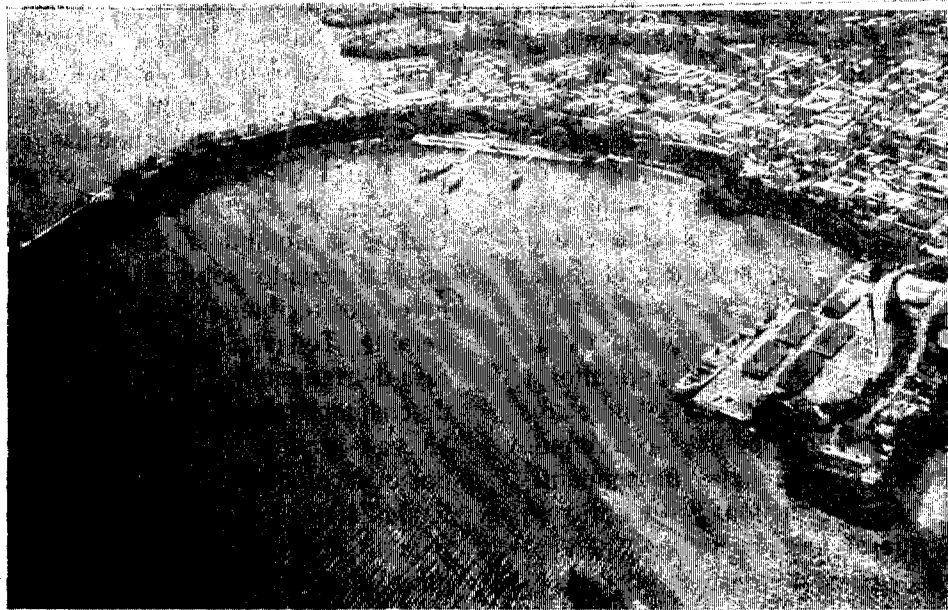
Unos pasos más abajo, en la temible cuesta al mar, el mirador mejor lo tiene la galería oeste de la misión, que ha cumplido setenta y cinco años en San Carlos.

Por allí han pasado los rapaces de Belebú, Bocoricho y Boemeriba de tres generaciones. En la misión se agrupa toda la ciudad para el cumplimiento dominical y los vecinos van subiendo la cuesta más despacio

para evitar transpiraciones en la mañana del sol bajo las camisas de día de fiesta. El padre Sialo, bubi que cantó misa en el veintinueve, dirigía el coro y un grupo de muchachos berreaba a grito pelado. Luego les llegó un armonio y aprendieron a cantar como Dios manda.

Los vecinos salían de la misa y se iban a sus casas, menos unos cuantos que formaban rueda en el bar del Pipi y jugaban a la escoba o al tute subastado mientras los demás salían en catamarán o se iban a la playa de Balaña o hacían pesca submarina hasta lo del tiburón que mordió a Pallarés.

San Carlos tenía fincas bananeras, y los días de embarque el puerto era una hilera interminable de ca-



Bahia y puerto de Santa Isabel

miones repletos de los que iban descargando, con mimo especial, los racimos enfundados en papel transparente y estibados entre mantas, después de la selección de compras, y enviados al barco fondeado cerca, del extremo del espigón. Cuando el rigor de selección se pasaba de rosca, se veían por la carretera montañas de racimos en las cunetas.

A la noche, por la carretera de la playa de Boloco los vecinos se iban a la caza del cangrejo en automóvil. Era emocionante: cangrejo sobre la carretera frenazo al punto. Los faros en luz de cruce y el atrapador sale por una puerta y el secretario por otra. El atrapador, provisto de un cazo redondo y una bandeja acerca al cangrejo sin interponerse en el foco para no hacer sombra. Sigilosamente se le pone el cazo encima; para cerrar el cazo por debajo y evitar que la presa se escape, se mete la bandeja con cuidado para hacer tapadera; el cangrejo, sobre la bandeja, está ya en la jaula. El secretario, con un saco en las dos manos, abre la boca, la del saco, y el atrapador metiendo su arte en la arpillera, separa bruscamente la bandeja del cazo y ya está el cangrejo en talega. Y así, con una docena de ejemplares, se hacen dos kilos. Algunos de ellos pesa hasta quinientos cincuenta gramos. Se sigue la ronda muy despacio para dar tiempo a frenar, salir del coche y repetir la faena. Si la marea acompaña — los cangrejos salen a bañarse —, la luna no es redonda y el tráfico es poco o nada, la jornada es productiva. Los cangrejos se dejan en una bañera y se les echa

hojas de malanga para que queden limpios de las cosas que acostumbran a comer. La bañera — o bidon — queda echa un estercolero, pero, al cabo de tres días, estarán muy sabrosos con picanle y tomate. Las cangrejadas de San Carlos son muy sonadas y el médico Ramírez hizo célebre su mesa gracias a ellas. Decía el escritor Julio Angulo, que pasó en San Carlos una temporada y también probó las macopas de Musola, que los cangrejos de Boloco dejarían de ser uua delicia cuando se inventara algo para pe-larlos pronto, que lo mejor de la cangrejada era el tiempo de que uno disponía para hablar de todo, y la salsa picante. Sin embargo, los cangrejos de San Carlos no tienen que envidiar, en absoluto, a los de Chatka. Y desde San Carlos hacia el sur los hay a millares.

El club náutico se ha convertido en puesto de pesca y el jardín municipal, que fuera una arboleda de bahuimias, se desgajó para convertirlo en almacén de recepción de la banana y otros productos. El pretil lo bate la mar y cuando se encrespa, salpica a pocos pasos de la casa en que aún vive Philippott, un gallego amigo de aventuras que pidió la isla de los Loros, allá al frente, para tener la soledad, una granja y sacar muchos peces de la mar, que es cuestión que siempre le ha importado, y cerámica antigua — forrada de algas — de un pueblo que vivió en el islote y que a los arqueólogos fernan-dinos les tiene preocupados.

De San Carlos al Norte, el río Tiburones es terminación de la playa de Boloco, donde la asfaltada

carretera a Santa Isabel se separa de la costa y sigue por Basacato y Baticopo. Baticopo fue fundado por bubis cazadores; Baticopo quiere decir vencedores de búfalos, y da fuerza a una tradición de existencia de búfalos en la isla, en otro tiempo, a más de los escudos de piel de ese animal que los bubis heredan de padres a hijos en contadísimas familias.

La carretera es un cacaotal continuado hasta Santa Isabel, la bella capital, la ciudad siempre nueva y naciendo, la cantada por sus poetas en los juegos florales que, año tras año rinden honor a una corte de muchachas blancas y negras desde los primeros de la región ecuatorial, celebrados en la plaza del Reloj de Bata por Santiago del sesenta y uno.

Santa Isabel es una ciudad luminosa y recogida. Lleva el nombre de Isabel II desde la expedición de Lerena en 1848. Es la antigua Clarence City o Port Clarence, fundada para Guillermo IV, duque de Clarence, en 1827, y abandonaba seis años más tarde. Tiene una bahía, que debió ser cráter de un volcán, entre Punta Fernanda—nombre de la hermana doña Isabel—y Punta Cristina, en recuerdo de la reina madre. Las playas de Santa Isabel forman radas y abrigo con apellidos de corbetas y fragatas que trajeron expediciones españolas, como la Venus y la de Nervión.

Guillemar de Aragón, cónsul y comisario, publicó un bando en la primera mitad del XIX en el que daba nombres a las calles y de su cargo al río—el río Cónsul—que conlleva la ciudad.

Punta Fernanda es el lugar de más memoria para los residentes de Santa Isabel y, sobre todo, para los que han nacido en ella. Es un brazo de tierra que se adelanta en el mar, con jardines y arboledas de egombegombes, sobre la cuesta de las Fiebres que sube del puerto viejo. A Punta Fernanda la pasean al atardecer los novios de la ciudad, la juegan los niños y la piensan las gentes solitarias que no se pierden el cotidiano paisaje de la bahía con sus muelles, las luces del casino enfrente y el fluir de los ciudadanos a la plaza de España, entre la catedral de corte gótico, el palacio del gobierno y la misión vieja.

En punta Fernanda se ven los barcos saliendo; al sur está el camino por mar hacia Annobón, isla de la provincia en la que los lugareños, al otro lado del ecuador, pescan los ballenatos y se juegan la vida.

Al parque de la infanta Fernanda le han dedicado muchas páginas los cronistas de la ciudad, que se ocupan de esas cosas, de las exposiciones de arte, pues Santa Isabel tiene inquietud y genio creador y poetas como Romero Moliner, escultores como Gené, pintores como la Heredia, de Diego y Gomán, y periodistas como Cervera y Núñez.

La ciudad, desde el barco que zarpa, es un canto o luz o anunciación bajo la montaña, el pico de Santa Isabel, cortado por las nubes, ascendido por sus cuatro costados y visto desde todos los rincones de una isla que llaman perla de Biafra y surgió del fuego para recibir homenajes, de los hombres del viento y de la mar.

N Z A M B I

La noche estaba oscura. Todos en el poblado dormían. En la estación de las lluvias el día era más corto y el sueño duraba bastantes horas. En una choza, Nzambi discutía con su hermana Caianga con voces apagadas. En los últimos meses las disputas se habían hecho frecuentes entre los hermanos. Nzambi no estaba desprovisto de razón. Hacía mala cabeza.- ¿Tendría «medicina» del brujo de la tribu?

-¿Porqué quieres casarte con Nsima de Nguión?. Habita en el Rio Campo, un país leejano, y pertenece a la tribu de los pigmeos. Mejor marido puedes encontrar aquí entre tus paisanos. No es bueno matrimoniar con hombre de otra raza. Te traerá desgracia.

Caianga no contestó. Se puso a mirar tercamente la pared de nipa. Respiraba afanosamente y en sus ojos ardían destellos de ira. Con rabia, casi mordiendo las palabras, le lanzó a la cara, como si fuese un reto:

-Seré la reina de los pigmeos. ¡Qué disparate! Con uno de la tribu era con quien ella debía casarse. Con un hombre del grupo fang. Con alguien que pensase como ellos y viviese como ellos. Nzambi estuvo largo rato declamando su sermón monótono e incansable. Al cabo de un rato calló y la choza quedó envuelta en un silencio acre. Un silencio denso, viscoso, pescado, casi doloroso.

Caianga pone fin a la embarazosa situación, saliendo del calabó sin despedirse. Nzambi la vió partir con el rostro desencajado. Con una extraña avidez se quedó mirando cómo se alejaba su hermana. Caianga era una joven muy atractiva. La piel, rabiosamente negra, perdía acometividad en sus rojos labios frutales, abundantes como una promesa, acogedores como un armisticio. La dejó de ver, al ser absorbida por las plantaciones de banana y yuca que rodeaban el poblado.

Nzambi a sus veinticinco años era un hombre de gran apostura. Su risa, blanca y poderosa, su nariz centrifuga y sus labios ligeramente saltones le conferían una apariencia viril. Y sobre todo ello, su gran habilidad para tañer el «ncuombé» y para entonar canciones. En todos los poblados próximos tenía amigas.

Nzambi, solo en la casa de la palabra, se había tumbado encima de una esterilla nigeriana. Miraba hacia el techo sin meditar sobre nada. Su pensamiento zigzagueaba vertiginoso, desvaído y errante. A ratos se ponía a escuchar a unos papagayos, que gritaban, desde un inmenso yaca, sus chismes de vecindad.

Estaba desasosegado. Presa de una exaltada excitación. Por su imaginación rondaban alucionantes reclamos. Todo su cuerpo ardía en una comezón desazonadora. Era como si fue-

se más ligero que de ordinario. La sangre, impulsada por unos nervios, yusivos y voluntariosos, circulaba vertiginosa por sus venas. Era como un fuego interior. Había querido luchar contra esta pasión, pero la vivencia de su hermana Caianga se había instalado avasalladora por todo su ser. Era como si cada uno de sus glóbulos rojos estuviese imantado de ella. Como si cada uno de los poros de su piel fuesen ventanas abiertas por donde penetrara enervante el perfume y el aliento de Caianga. Su tranquilidad había perecido ante la invasión de aquellas imaginaciones tangibles (furiosamente táctiles), de una sola pasión insatisfecha que le tenía enfebrecido.

Sus amigos lo habían observado. -Nzambi, estás preocupado. Debes tener «medicina».

-No es nada -, cortaba secamente a cualquier alusión.

¡Nada! - insistía.

Caianga era una muchacha soñadora. Una cualidad rara entre los bantúes. Algo casi anormal. Ni la vida ruda de los pámpues, ni la falta de perspectivas naturales se prestaban para acuñar ensoñaciones. ¡El inevitable telón del bicoro! Siempre se tropezaba la vista con ese paredón de espesura selvática.

¿Pero hay algo capaz de poner fronteras a los espíritus fantásticos? Por las noches, esas tibias noches africanas, condecoradas de estrellas, Caianga se emperezaba sentada a la puerta de su casa, mirando al cielo lejano. Su pensamiento errátil se perdía, en excursiones sin proyecto ni itinerario

racional; siguiendo el incendiado vagar de los múltiples gusanillos de luz que chispeaban en la noche.

Nzambi remaba briosamente. Con furia, sin descanso. Sin pararse en los pueblos de la orilla.

Se pasó el día pescando. No quería volver a su casa hasta que fuera de noche.

A la caída de la tarde emprendió el regreso.

Con el crepúsculo, sigilosamente, llegó hasta la habitación de calabó donde vivía Caianga.

Nzambi susurró al oído de su hermana;

—Vamos fuera, quiero hablar un rato contigo.

Caianga siguió a su hermano. El bosque estaba agobiado de sombras húmedas y sensuales.

—Caianga, mañana iré a pescar ¿Querás venir?..

—Si Nzambi. Me gustará ir contigo.

Era mejor condescender. De esta forma podría congraciarse con su hermano. A Caianga, de natural plácido la contrariaban mucho las riñas con Nzambi. No estaba bien tanta discusión. Con el malhumor una se ofuscaba y ya no hacía nada a derechas. Ni se disfrutaba de la satisfacción de vivir, ni se tomaba el pulso a las radiantes vidas de los otros, de los animales conocidos, de las pequeñas aves que diariamente cantaban sus alegrías silvestres.

Aquella noche Caianga no tuvo un sueño sosegado. Medio desvelada, se sobresaltó acosada por la visión de unas serpientes que echaban llamas

por la boca. Anhelante, desasosegada, se puso a escuchar todos los ruidos de la selva, esos mil ruidos animales que cohiben el ánimo.

Empezaba a clarear. Nzambi se había despertado al reclamo de los gallos del poblado, aquellos gallos crispadores, beligerantes, horribilmente unisonos, que ahuyentaban la noche y hacían madrugar el día.

En el poblado se adensaba una calma animal, gris. La pasividad de los saberes clánicos no contribuía a espolear la sedentariedad de aquel grupo «fang». Su gran sabiduría de la selva les permitía ociosar. Cuando el hambre se presenta bastaban unas horas para lograr una provisión holgada de viveres. A ratos llegaba una brisa fría y extranjera, extraña en la terribilidad ecuatorial. Los papagayos, los titis y otros muchos animales comenzaron su verbena de gritos.

Se encaminaron al pantalán. Sin asustarse, se les cruzaban por el sendero grandes lagartos de múltiple colorido que se atravesaban descaradamente.

La andadura se hace enojosa. Ha llovido durante la noche y el terreno está lleno de potopoto pegajoso que se adhiere a los pies descalzos de los dos caminantes.

Por fin llegan al río.

El Utonde, como muchos ríos africanos, es de una anchura generosa, maternal.

El cayuco descansa sobre la escueta playita de la orilla. Puesto boca abajo se puede ver perfectamente el

ennegrecido y tosco tronco, rústicamente ahuecado.

Caianga recorre los últimos metros perezosamente. Está cansada. Durante un largo trecho han tenido que ir sorteando los anárquicos manglares de la orilla.

El sol anémico de la amanecida sobre el río, llora lágrimas horizontales.

Nzambi y Caianga empujan el cayuco hacia la superficie del agua. Ya flota. Nzambi se lanza presuroso al interior del bote para frenar su impulso con los remos. Enseguida sube Caianga,

—Siéntate atrás. Yo remaré solo.

Caianga se acomoda al fondo y se pone a mirar las orillas.

El río está inmóvil y ningún otro cayuco enturbia su quietud. Son los únicos navegantes de aquella temprana hora.

El día va madurando y Nzambi delata su esfuerzo en las gotas de sudor que resbalan por su torso y brazo. Hace ya tiempo que van cruzando ante grupos pequeños de cabañas,

—¿Quieres comer algo?— ha preguntado Nzambi hace ya más de una hora.

—No. Todavía es pronto.

Ha sido la única conversación cruzada en el viaje.

Cuando, por fin, llegan a un poblado grande, pueden ver el ajeteo que se desarrolla a la sombra de las tapias y en la plaza. El vivo y variado colorido de los «clotes» y de los

«lapás», contribuye a derramar animación en la estampa local.

El caserio está escoltado por manglares esqueléticos y mimosas bisoñas. —Ya hemos llegado. A un kilómetro del poblado está el hormiguero. Ya verás. Un espectáculo impresionante. Esas hormigas son capaces de matar a un hombre.

Pasaron por entre las casas muy solemnes, sin detenerse a hablar con las gentes. Los del pueblo tuvieron que reconocer el impresionante aspecto, la gran belleza de aquellos extranjeros. Nzambi, alto, erguido, tenía un airoso porte. Un clothe rojo, de un tono muy valiente, realzaba el punzante atractivo de Caianga. A través de él, sus curvas se mostraban solo insinuadas; un dulce esbozo exento de toda lujuria agresiva. No eran aquellos encantos provocadores de las otras hembras de su tribu.

Las hormigas eran gigantescas. Nzambi arrojó el fritambo en medio del hormiguero, atadas las cuatro patas con fibra de melongo para impedir la huida del animal. Inmediatamente fué invadido, materialmente tapizado por un enjambre de aquellos feroces insectos, que se lanzaron sobre la presa como con rabia. Los balidos de la pobre víctima, sus doloridas quejas no duraron más allá de una hora. Al cabo de este tiempo el animalito, expiró en medio de atroces sufrimientos.

—¡Pobrecito! ¡Qué horrible! —Se con-
dolió Caianga.

Caianga perdió la noción de las cosas. Sintió la conmoción de un

brusco golpetazo y, por un momento quedó desvanecida. Ntung, con rápido movimiento, tomó el cuerpo de su hermana y lo arrojó en medio del hormiguero. Fué un solo breve espacio de tiempo. La mujer fué recubierta de un embravecido ejército de hormigas. La intensidad del dolor, de aquel ataque masivo, la hizo volver en sí.

Caianga, emprendió una veloz carrera hacia el río, dando torpes y grandes saltos.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! !.

Eran unos alaridos monstruosos. Parecían rugidos bestiales. Gritos atávicos nacidos del fondo de la selva. El dolor humanizaba a Caianga, arrancándola brotes de primitivismo, volviéndola a los albores de la Humanidad.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿Porque matas, mi?.

Nzambi se alejó de la orilla. Un corro vociferante de hombres, le amenazaba con sus lanzas, con sus hachas, con sus remos. Apretaban los puños. Parecían posesos. Nzambi, amedrentado, remó a favor de la corriente.

Caianga estuvo mucho tiempo en el agua. Hasta que la última hormiga se desprendió de su cuerpo. Tenía calentura. Le ardía la piel.

Pasados algunos días se desprendió la piel de su cuerpo, de aquella anatomía crepitante, que hervía termométricamente en una pasión de fuego incontenible.

Era una mujer en carne viva cuando llegó al poblado de los «bocüñ». Los pigmeos la contemplaban asombrados. Algunos hicieron corro

en torno a ella. Otros se esparcieron por el poblado hablando admirativamente de una mujer-serpiente que no tenía piel—vestido en el cuerpo.

Llegó corriendo Nsima de Nguión que la reconoció inmediatamente. Nsima se quedó callado y palideció intensamente. Después se puso como en trance. Sus ojos desvariados eran los del que está en comunicación con los espíritus. Aquella tensión recordaba la rigidez de los que toman iboga, de los que practican el rito. Entre espumarajos salían de su boca incansables imprecaciones en un éxtasis recriminatorio.

—¡Oh tu Nzambi! ¿Qué has hecho con tu hermana? ¿Era ella cosa tuya? Tú has matado la piel de su cuerpo y por eso llevarás el castigo.

Los pigmeos untaron el cuerpo de Caianga con raspaduras del árbol del can.

Pasados tres meses, Caianga recupera la piel de su cuerpo. El tiempo del regreso ha llegado. La muchacha se pone en camino hacia el clan de su padre.

El tam—tam resuena monótono en la lejanía. La claridad diurna va infiltrándose como puede entre el bicoro de los bosques.

Responde otro tam—tam más cercano a los viajeros. Se empiezan a oír los desperezos sonoros de algunos poderosos de la selva. Se hace perceptible también la sonora caída de la cascada. El río no ha dejado de cantar por la noche su orquestación

poderosa. Más bien ha sido el oído el que dejó de escuchar su estupenda protesta. Algún pajarillo canor inunda el silencio con su pregón cómicamente pretencioso. A lo lejos, sobre el monte Mitra, se nimba una reverberación luminosa.

Caianga viste un clote de colorido luminoso. La acompañan sus pigmeos. Son como bantúes reducidos a una escala minúscula, con sus cabellos en caracolillo y un prognatismo abundante y casi zoológico.

Van apresuradamente. El frescor de la amanecida estimula sus piernas.

Los pigmeos caminan con porte serio. Toda su vida está presidida por una extraña seriedad.

La caminata es penosa. El sendero sube a veces; otras baja en un desnivel muy valiente. Y casi constantemente hay que ir cortando las lianas y el bicoro que dificultan el avance.

Tres pigmeos abren la marcha. Con sus machetes incansables van magullando el bicoro y abriendo túneles de paso.

Sigue Caianga, reposada, con aire mayestático. Otros tres pigmeos a retaguardia, cierran el convoy. Son los porteadores. Llevan la comida, la bebida y los presentes.

La andadura es penosa. La crecida maleza del trópico con frecuencia arrastra los brazos y la cara de los expedicionarios.

Los pajarillos arbustres parecen ironizar, con sus gritos payasos, la caminata de la pequeña carabana. Otros quejumbrosos, parecen puntear con tristeza solidaria la penosa marcha.

De pronta, en medio de un calvero, se divisa el poblado bujeba, todavía canijo por la mentira de la distancia. Grupos de chiquillos juegan a la sombra de las empalizadas.

En el centro de una plaza, descolgando por sus dimensiones está la casa del jeje. Casi inmediata a ella la casa de la palabra.

Cuando penetran en el poblado van rodeados de una extensa cohorte. En su choza, que tiene color de gofio maduro, les espera Ntung, acompañado de sus convecinos. Varias esterres y pieles de leopardo esparcidas por el suelo denotan los lugares en los que se puede tomar acomodo. Por las paredes hay lanzas, trofeos, caretas, collares vegetales. También calabazas ahuecadas. La cabaña es de tablas de calabó, clavadas unas sobre otras y el techo está formado por nipas entrelazadas. Por el hueco de la puerta penetra la avasalladora claridad solar.

Los ánimos están favorablemente dispuestos para el diálogo. Desde que el tam—tam ha transmitido la noticia de la venida de Caianga, su padre y los amigos se han reunido para celebrarlo. El aguardiente de caña ha corrido con prodigalidad y los cuerpos y las mentes se encuentran leves, eufóricos, contemporizadores.

Por la estancia hay un vapor denso de palabras paralelas —todos hablan y también gran densidad de olores— todos sudan. Un papagayo tostón abarrotado los oídos. Aunque le torpea la lengua, Ntung quiere ser solemne en la bienvenida.

—Sed bien llegados. Os esperaba desde hace días.

Caianga se cree en el deber de contestar enfáticamente:

—Lo sabemos padre. Me es fácil comprender el lenguaje del tam—tam de mi tribu.

Se sientan todos, apelmazados. Se beben licores de fiesta mientras Caianga relata el ataque de su hermano, cómo quedó sin traje de su piel y cómo la curaron los pigmeos con su medicina.

Nzambi antuvo errante varios años por los bosques. Estaba maldito. Cuando algún cazador le divisaba, recitaba los conjuros de la tribu como si se tratase de un demonio.

Un día abúlico, en que un sol, pálido y sin savia, caía sobre el palmeral, Nzambi dejó la compañía de los hombres y se fué a vivir a los Cielos.

Dicen que en Cielo camina sin descanso, buscando una frase que oyera de niño. Va repitiendo sin cesar: «Mi padre Nzambi lo dijo así: No cases con mujer de tu casa. Te traerá desgracia». Pero apenas acaba la frase se irrita: «No, no es así, lo que dijo era algo del hombre de otra raza».

Él dice: «Mi padre Nzambi, lo dijo así...».

Y así interrumpidamente se pierde en el laberinto de lo que dijo su padre y de lo que él cree que dijo.

El pueblo cree que es una maldición ¿Cómo si no iba a confundir una frase tan sencilla?

José Menendez.

Historia Kombe

Monguenguembani y Mbulamokuele

La historia que a continuación se va a relatar y que es muy conocida como una realidad por muchos continentales kombes, es un hecho ocurrido en el poblado de Bolondo del Distrito de Río Benito (Río Muni). El narrador ignora exactamente fecha, mes y año del suceso, para lo cual habría que realizar serias y profundas consultas que tal vez resultarían frustradas, ya que sería difícil conseguir correctamente un apunte relacionado con ello, aun recurriendo a personas mayores, no mencionarían con exactitud el orden cronológico. No obstante, se puede deducir sea del siglo pasado.

Monguenguembani y Mbulamokuele fueron dos amigos de infancia, ambos crecieron en Bolondo, y se estimaron de una manera digna de elogiar. Nunca existió separatismo para ellos; los paseos, excursiones, faenas de pesca y caza lo efectuaban juntos.

El aprecio entre los dos llegó a profundizarse de tal forma que en prueba de fidelidad, pactaron que el día que tuviera que fallecer alguno de ellos por cualquier circunstancia, no le abandonaría al otro. O sea que ambos serían muertos y sepultados a la vez. Juramento que realizaron siguiendo lo ritual; o sea: los dos se hicieron cortes en el cuerpo

con una cuchilla; brotó sangre, y la bebieron mutuamente. Con ello quedó estipulada la gran amistad Monguenguembani y Mbulamokuele.

Como consecuencia de pobreza y no poder atender debidamente a su familia, Mbulamokuele tuvo que abandonar Bolondo temporalmente, despidiéndose de sus parientes y amigos, dirigiéndose hacia Libreville (Gabón) junto con su esposa e hijos.

Llegado a Libreville, se colocó como empleado de una empresa, donde después de un prolongado tiempo de trabajo prestado, pudo ahorrar fondos suficientes adquiriendo una elevada cantidad de mercancías y convirtiéndose automáticamente en rico, consideración que por aquellos tiempos se daba a todo aquel señor que con un poco de voluntad decidía trabajar con el sudor, obtener bienes, ya que muchos nativos se dedicaban entonces más bien a la holganza, y el trabajo era considerado como un desprestigio para todo aquél que se ofrecía para tal concepto. Transcurrido un buen lapso y observando Mbulamokuele que había tardado ausente de su país, decidió regresar. Durante su ausencia, falleció su amigo Monguenguembani, noticia que no captó por no habérsela comunicado nadie. Llegó la fe-

cha del retorno. Mbulamokuele preparó todo su equipaje, compró un cayuco enorme, aprovechando con dicha embarcación la travesía Libreville-Rio Benito.

Antes de iniciar el viaje de retorno, no envió mensaje a sus parientes con el fin de que le esperasen. En el día previsto, y que por fin llegó a su destino, encontró a toda su familia parientes y amistades esperándole en la zona donde actualmente se encuentra radicada la Comandancia Militar de Marina de Rio Benito. Fué un momento de efusión entre abrazos besos y etc... Los que vinieron a encontrarle, tomaron mando del cayuco, trasladándole a él y familia, hacia el otro lado de la orilla del río.

Una vez pisado tierra, y antes de llegar al poblado, Mbulamokuele advirtió a los suyos que fueran delante con el cayuco; que él se quedaba porque prefería recorrer a pie la distancia que le quedaba hasta llegar a casa, ya que tenía ansias de reconocer de nuevo aquello, lugar que durante muchos años había abandonado, en virtud de la causa anteriormente mencionada.

Alejado el cayuco y sus ocupantes, Mbulamokuele emprendió la marcha; después de unos pasos, caminando siempre por la costa, se le apareció de repente su amigo Monguenguembani; los dos se abrazaron, y Mbulamokuele desconociendo las circunstancias concurrentes al otro, tuvo que aceptar gustosamente la invitación formulada por su amigo el muerto, de ir a consumir topé (vino de palmera).

Requerido por el fallecido tal como se ha mencionado anteriormente, ambos se internaron en la selva donde Monguenguembani tenía no se sabe cual fuera el procedimiento pero más bien se puede calificar diabólico, una inmensa cantidad de litros de topé que había preparado para agasajar la llegada y sacrificio de su camarada. El primero en brindar, fué Monguenguembani, haciéndolo posteriormente Mbulamokuele. Pues el primero, cogió un litro de topé y en vez de tomarlo por conducto normal, vía oral, lo enfocó en el oído y la botella quedaba vacía al instante.

El segundo brindis, lo efectuó por el olfato, quedando la botella sin el contenido antes de los cinco segundos.

Mbulamokuele sorprendido por el procedimiento tan raro con que empleaba su amigo para la consumición del topé, le interrogó: mi fiel amigo, ¿Cuál es el método tan especial que empleas ahora para consumir el topé? El otro, sonriente, le contesta: Mi querido amigo: desde tu ausencia en esta, ha habido mucho progreso, muchos adelantos.

Mbulamokuele, dada su virtud, enseguida comprendió que la persona con quien departía, no era un ser humano, reaccionó e intentó alargarse. Entonces, el otro le invitó posteriormente a visitar su morada. La desesperación y espanto aumentaron cada vez más en la persona de Mbulamokuele, al observar que en vez de que su amigo le llevara a un poblado, fueran en un Cementerio.

Cuando Mbulamokuele se dió cuenta de la crítica situación con que se encontraba, le preguntó a su cama-

rada: ¿Donde me llevas? ¿El Cementerio es tu morada? Monguenguembani, tranquilo le dice al otro; amigo: Ha llegado el momento de cumplir nuestra promesa; nuestro juramento, tú has de morir ahora mismo, y los dos nos iremos en el mismo sepulcro.

Pese al susto que se había cargado Mbulamokuele, tuvo todavía valor para defenderse, lo difícil que es hacerlo contra un espíritu. Entre los dos se entabló una pelea enorme. Monguenguembani intentaba siempre atrastrar a Mbulamokuele a la selva, pero el otro con mucha suerte, pudo resistir la potencia diabólica de Monguenguembani, llegando ambos después de una prolongada pelea hacia la costa, donde prosiguió la riña.

Mientras los dos se peleaban, en el poblado de Mbulamokuele hubo grandes bailes en honor a la llegada del mismo con su familia. No obstante, la esposa de éste, al observar que su marido tardaba en llegar se inquietó muchísimo y avisó a los parientes de su esposo que fueran a la playa a ver el porqué tardaba en regresar Mbulamokuele. Una vez llegados a la playa y después de unos pasos, los enviados pudieron observar

sorprendidos a una distancia prudencial que dos personas se peleaban duramente, viendo asimismo que los luchadores subían de vez en cuando hacia la selva y otras veces a la costa.

Pues el principal deseo de Monguenguembani era arrastrar a su camarada hacia la selva para exterminarle, y el otro como único recurso de salvación, optaba siempre por ir a la costa. He allí donde corriendo los que fueron enviados a buscarle a Mbulamokuele, y viéndole en una situación crítica, y al aproximarse hacia el lugar de la reyerta y observar Monguenguembani que venía mucha gente con la que no podía actuar, se echó a la fuga, quedando el otro en un estado de agotamiento físico total, con pérdida de sentido. Fué cargado por los suyos, llevándole al pueblo y tras unas curas practicadas, pudo así salvarse misteriosamente de una muerte segura.

No obstante, lo que le favoreció en parte a Mbulamokuele fué su buena preparación y constitución física. En la época del suceso, existían muchos hombres y mujeres con unas virtudes extraordinarias.

A. RABAT

PLENILUNIO

Segundo Premio del Concurso Literario de Poesía. Fiestas Patronales
de Santa Isabel de Fernando Poo.—Noviembre 1966

*Reflejos de luz inquieta
en el Golfo de Biafra
formando en la superficie
figuras agigantadas
y onduladas por la brisa
que resbala sobre el agua.*

*Luces se mecen despacio
entre «Cristina» y «Fernanda»,
tras el crepúsculo corto,
cuando la tarde se acaba,
y es de día en una noche,
aliada de fantasmas.*

*Escondidos los vampiros
no agitan ya sus membranas
Las sombras de pesadilla
se marchan como asustadas,
dejando como una estela
de vapor iluminada.*

*Peces que estaban dormidos
saludan a flor de agua
y «chascan» la superficie
con murmullo de cascada.*

*Arriba están las siluetas
de palmeras dibujadas
y, a fondo, majestuosa,
la blanca Luna de África.*

*En trono de cirros altos
estrellas montan su guardia,
rizos de agua y de espuma
copian sus mejores galas.*

*Lejanos rumores llegan
y suaves murmullos pasan.
Están cantando en la Iglesia
de la Misión Africana,
morenitos, que son negros,
pero que rezan y cantan
igual que veinte naciones,
en la hermosa lengua hispana.*

*Están rezando y cantando
y elevando sus plegarias
al Dios que todo lo hizo
y a la Virgen venerada,
en contraste con un mundo
inquieto y sin esperanza,
soberbio y enloquecido
con ciencia torpe y pagana.*

* *
*

*Ya el Satélite se pone,
ya los perros no le ladran,
ya perdieron la silueta
las palmeras dibujadas
y ya los peces pararon
de saltar sobre las aguas.*

*Solamente en la bahía,
a proa de las gabarras
los farolillos de aceite
diabólicamente bailan.*

*Danzan mortecinas luces
entre «Cristina» y «Fernanda».
y vuelve otra vez la noche
a ser oscura y callada
con graznidos y con sombras
de vampiros y fantasmas
flotando, coma un misterio,
entre las nubes que pasan.*

Juan Carlos Rodríguez de Aragón.

Llamada a la fiesta

*Tercer premio del Concurso Literario de Poesía, Fiestas Patronales de
Santa Isabel de Fernando Poo. Noviembre de 1966*

No recojas la malanga,
déjala estar en su sitio,
Santa Isabel está en fiestas
y has de bailar hoy conmigo.

Trabajaremos mañana
que hoy es fiesta, ya te digo.
Vete por este sendero!
para bañarte en el río;
el agua baja muy clara
acariciando a los riscos,
y tu cuerpo quedará
oloroso, fresco y limpio,
y ágil para la danza
y presto para sus giros.

No vayas por el remanso,
mira que allí está el peligro,
ni cruces el verde prado,
hay unos ojos malditos
que siempre están en acecho
entre la bruma escondidos;
son los ojos de la noche
con un poder infinito.

No tardes en regresar,
yo también estaré listo,
que ya las nubes se acercan
a las laderas del Pico
a refugiarse en sus valles.
silenciosos y tranquilos.

Vienen cansadas de vientos,
y han dejado en su camino
los girones de su gasa



Croquis de Punta Fernanda

para formar nuevos rios.

Cuando las despierte el Sol,
que también está dormido,
nos dejen de regalo
hilillos de cristal fino,
y quedarán en las hojas,
como un adorno exquisito,
unas temblorosas perlas
en las gotas de rocío.

* *
*

Tamtam, Tan, Tamtam, ya suena,
entre los montes perdidos.

El aire lleva en sus ondas
el telúrico sonido,
que hace vibrar a los seres
a su compás y a su ritmo,
como un misterioso influjo,
igual que un místico rito;
todo lo abarca su eco,
se adueña de los sentidos;
se arremolina en el viento
y al parar el torbellino,
sólo quedan en los cuerpos,
un inmenso sudor frío.

Las nubes siguen durmiendo
en las laderas del Pico....

Mercedes Paris Amador.

Libros de interés sobre la Guinea Ecuatorial

Apuntes sobre la isla de Fernando Poo

Publicado en Madrid en 1856 por el Ilmo. D. Miguel Martínez Sanz, primer Prefecto Apostólico de Fernando Poo.

15 años de evangelización en el interior del bosque de la Guinea continental Española. Por el Excmo. P. Leoncio Fernández, C. M. F.
Ilustrado con 81 fotografías y un mapa.

Memorias de un viejo Colonial y Misionero sobre la Guinea continental Española. Por el Excmo. P. Leoncio Fernández, C. M. F.
Ilustrado con 44 fotografías y dos mapas.

La Vida animal en la Guinea Española. Por Aurelio Basilio, C.M.F..
Descripción y vida de los animales mamíferos en el bosque tropical africano. Ilustrado con 128 fotografías.

Las aves de la Isla de Fernando Poo. Por Aurelio Basilio, C. M. F.
Estudio completo de todas las aves de la isla, con su descripción detallada, sus costumbres y su distribución geográfica. Ilustrado con numerosas fotografías y grabados en negro y en color.

La isla de Annobón. Por el P. Natalio Barrena, C. M. F. muchos años misionero en la Isla.

Estudio geográfico, etnológico e histórico de esta lejana Isla. Con una introducción y notas del Hermano Ramón Perramón, C. M. F.

Las Industrias líticas de Fernando Poo. Por A. Martín, C. M. F.

Estudio de las hachas y otros instrumentos de piedra prehistóricos, hallados en Fernando Poo. Ilustrado con numerosas fotografías y grabados.

Todas estas obras pueden adquirirse en la Imprenta de la Misión Católica de Santa Isabel.